

con lo cual se proponía hacer patente la rectitud de su justicia, que lo mismo castigaba á los pequeños que á los grandes (1).

Con el destierro pues del héroe de Vivar, daba principio la cuarta y última parte de la vida de Rodrigo, la más interesante sin duda de todas y en la que es presentado bajo un aspecto completamente nuevo, si bien siempre dentro de la unidad superior que resplandece en la creación tradicional y poética del conquistador de Valencia. Lanzado con efecto de sus hogares por el enojo del rey don Alfonso, producido en la historia y en el *Poema de Mio Cid* por causa bien distinta de la que suponen los romanceros, «abandona ya en edad avanzada, el heredado castillo de Vivar, donde reemplazan el luto y la desolación la habitual alegría que en él reinaba, anunciando las puertas abiertas, las perchas vacías y las falconeras sin azores mudados el gran desastre que aflige al señor de la fortaleza. Copiosas lágrimas inundaban las mejillas del héroe al volver la vista para contemplar por última vez aquellos lugares: dirigiéndose á Burgos, seguido de sesenta *pendones*, es recibido no sin llanto por los habitantes de esta ciudad, quienes puestos á sus ventanas, exclaman al verle salir desterrado:

20 Dios! Qué buen vasalo | si oviese buen señor!

»Con honda sorpresa y amargura sabe el Campeador que había mandado el rey don Alfonso que nadie le diese hospitalidad ni albergase, so pena de perder «los averes» y los «oios de la cara» y además «los cuerpos é las almas»; todos los moradores de Burgos, aunque llenos de dolor por la desgracia de Ruy Díaz, le cierran las puertas de sus casas, no atreviéndose ni aun á disculpar aquel proceder por no incurrir en la saña del soberano. Tan grande comenzaba á ser ya y tan respetable la auto-

(1) Romance n.º 825.

ridad de los reyes! Sólo una niña de nueve años se atreve á dirigirle la palabra, dándole conocimiento de la orden que había en la noche anterior llegado á Burgos y de las penas que en ella se imponían á los que en algún modo contrariasen la voluntad del príncipe; y comprendiendo el Cid por esta relación todo el enojo de don Alfonso, resuelve abandonar el territorio de Castilla en el plazo que se le había fijado; pero la prohibición dictada por el rey, no sólo era relativa al hospedaje, sino que se extendía también á prevenir que no se vendiese en Burgos á Ruy Díaz vianda (*conducho*) alguna. Esta inaudita manera de perseguir, que pone de relieve... la saña del monarca y de sus áulicos, fué causa sin embargo de que encontrara *Mio Cid* nuevos ayudadores y amigos. Martín Antolínez, sobrino del héroe, teniendo en poco la ojeriza de la corte, resuelve suministrarle vituallas para él y para los suyos, incorporándose con ellos en el arrenal (*glera*) del Arlanzón, donde pasaron la primera noche del terrible plazo. Lleno de entusiasmo y noticioso por el mismo Ruy Díaz de su falta absoluta de medios, se ofrece después á depositar en manos de Rachel y de Vidas (*Ivdas*) logreros judíos de Burgos, dos arcas llenas de arena, á fin de proveerse por este ardid del dinero necesario para desalojar el suelo de Castilla. La palabra empeñada de *Mio Cid* y la astucia de Antolínez son los fiadores de aquel peregrino empréstito, recabando de los judíos seiscientos marcos de plata y de oro (1).

»Hecho esto, emprende Ruy Díaz su forzado viaje, dirigiéndose á San Pedro de Cardeña, donde moraban su mujer y sus hijas, y llega á aquel monasterio al amanecer del siguiente día, hora en que Jimena, acompañada de sus dueñas, elevaba al cielo

(1) Romance n.º 826. En este la suma asciende á dos mil florines. La mayor parte de los escritores extranjeros califican tal hecho de digno de Guzmán de Alfarache, á lo que contesta el mismo romancero, poniendo en boca del Cid las famosas palabras de que:

Quedó soterrada en ellos (*los cofres*)
el oro de mi verdad.

fervientes votos por la salud de *Mío Cid*. Verificada la entrevista de los esposos, que en tal momento y en situación tan crítica no podía menos de ser bien triste, dolíase Rodrigo con Jimena, no sin abrigar la esperanza de que consentiría Dios

Que aun con mis manos | case estas mis hijas,

cundiendo mientras tanto la fama de *Mío Cid* que engrosaba sus mesnadas con los hidalgos y los pecheros que de todas partes acudían, dando esto quizá motivo á que los mandatos del rey fueran cada vez más terribles y apremiantes. Tres días restaban al Campeador para salir de Castilla, cuando sabe que si es habido en los dominios de don Alfonso, espirado el plazo de los seis,

311 Por oro nin por plata | non podría escapar.

Dispuesta por tanto la partida para la madrugada siguiente, oída la misa de la Santa Trinidad por todos sus guerreros, é invocada por Jimena la protección divina en devota plegaria, *Mío Cid* despídese de su esposa y de sus hijas, que deja encomendadas á la solicitud del abad don Sancho, partiendo de Cardeña con los suyos. Por donde quiera que Ruy Díaz va pasando, aumentan nuevas lanzas su pequeña hueste, cuidando el abad don Sancho de dirigirle los caballeros que vienen en su busca. Llegado á la Figueruela, pueblo asentado en los confines de Castilla, reposa allí breves instantes con sus caballeros, apareciéndosele en sueños el arcángel Gabriel para anunciarle entera bienandanza.

»Satisfecho y alentado por semejante aparición, llega el último día del terrible plazo á la sierra de Miedes, donde hace alarde de su hueste, compuesta de trescientas lanzas, con las cuales pasa de noche aquellas ásperas fraguras, hallándose al amanecer fuera del territorio castellano y en el centro de una montaña *maravillosa é grand*. Da allí algún refresco á sus gue-

rreros; y encaminándose en la siguiente noche hacia Castrejón (Castreion), fortaleza puesta sobre el Henares, se apodera de ella al apuntar el día, mientras Álvar Fáñez de Minaya, su primo, lleva el terror de sus armas hasta las puertas de Alcalá, volviendo á *Mío Cid* cargado de ricos despojos. Distribuido el botín del campo y la presa de la fortaleza, vende el héroe la quinta parte que le corresponde, á fin de atender al mantenimiento de los suyos, y determina abandonar el castillo para evitar nuevos choques con el rey don Alfonso. Con las bendiciones de los habitantes de Castrejón, se dirige *Mío Cid* sobre Alcocer, castillo puesto á orillas del Jalón; y sentando sus reales, le combate por el espacio de quince semanas, hasta apoderarse de él por medio de una ingeniosa estratagema (1). Llegada la fama de sus victorias á Valencia, sale el rey moro Ferriz á la cabeza de numeroso ejército, y ayudado de otros dos reyes súbditos suyos, pone sitio á Alcocer, juzgando fácil empresa apoderarse de Ruy Díaz y de sus gentes. Cercados ya los castellanos por los sarracenos, aconseja Minaya á *Mío Cid* que asalte el campo enemigo, lo cual verifican con tan recio ímpetu y buena fortuna que, desbaratadas las haces musulmanas y aterrados los reyes Galve y Ferriz, abandonan el campo de batalla, huyendo sin concierto, y durando el alcance hasta las puertas de Calatayud, donde logran salvarse los más corredores. Grande fué el despojo de esta batalla; y deseando el héroe desterrado dar á su rey una prueba de fidelidad y de amor, le envía con Álvar Fáñez de Minaya un presente de treinta caballos «con siellas é muy bien enfrenados», y llevando de los arzones «sennas espadas» de las ciento que le habían cabido en suerte.

Al mismo tiempo paga *Mío Cid* el tributo debido á la pie-

(1) Romances núms. 828 y 829. Siguiendo el *Romancero* con mayor fidelidad la historia, refiere en el del n.º 832 la sorpresa del Cid por el rey de Aragón y la victoria que en Monzón consigue sin embargo el héroe; en el 833 la traición de Almofalas (Abul-Falac) en Rueda y la reconciliación de Alfonso y del Campeador en el 834.

dad y á la creencia: Álvar Fáñez de Minaya lleva encargo de mandar decir mil misas en Santa María de Burgos. Movidó el rey don Alfonso por tan insigne prueba de respeto, ya que no le vuelve al seno de su familia, como parecía aconsejar la justicia, consiente al menos en que sigan libremente los pendones de Ruy Díaz de Vivar cuantos *buenos é valientes* aspiraban á pelear á su lado. Minaya vuelve á Rodrigo con doscientos caballeros y multitud de peones (*peonadas*), siendo recibido por su primo con la mayor ternura. Había el Cid entre tanto vendido y abandonado el castillo de Alcocer, no sin lágrimas de sus moradores, distribuyendo el precio entre sus soldados y poniendo después en tributo á Daroca, Molina y Teruel, desde Monreal, donde había fijado su campo. Pero aumentada ya su hueste con los caballeros y peones traídos por Minaya, movióse á emprender nuevas correrías, internándose en las tierras de Montalván y de Huesca y poniendo en consternación toda aquella parte de la morisma. Llegaron también estas nuevas á Raymundo III (Berenguer Ramón II) de Barcelona, aliado á la sazón de los sarracenos, y revolviendo en su pecho el enojo de pasadas injurias, allegó rápidamente sus huestes (*poderes*), saliendo en busca del Cid y alcanzándolo en el pinar de Tébar, donde le dirigió un mensaje de desafío, al cual replicó el castellano esquivando el combate. Enojado al cabo Ruy Díaz por la obstinación del Conde, preséntale la batalla, en que es Raymundo vencido, cayendo en poder de un enemigo indiscretamente provocado, y entregándole como trofeo de la victoria, la célebre *colada, que valía más de mil marcos de plata*. Pero el caudillo castellano, que no sabía abusar de la victoria, procura después agasajar á su prisionero, preparándole un abundante banquete (*cocina*): despedido don Raymundo de su derrota, niégase en cambio á tomar todo género de manjares, detestando una vida que juzgaba ya vilipendiada:

1026 El Conde don Remont | non gelo precia nada.
Adúcnle los comeres, | delante gelos paraban:

Él non quiere comer, | á todos los sosanaba:
—« Non combré un bocado | por quanto ha en toda España:
1030 Antes perderé el cuerpo, | é dexaré el alma;
Pues que tales malcalzados | me vencieron de batalla.»—

«Á tan extraña resolución contesta el generoso Mío Cid, diciéndole:

—« Comed, Conde, deste pan | é bebed deste vino:
Si lo que digo ficiéredes, | saldredes de cativo;
1035 Si non, en todos vuestros días | non veredes cristianismo.»

» Tres fueron sin embargo necesarios para vencer la tenacidad del Conde, quien instado vivamente por Ruy Díaz, cedió por último al deseo de recobrar su libertad, comiendo *de tan buen grado* que, satisfecho Mío Cid, le entregó al punto tres palafrenes, para que acompañado de dos caballeros, vasallos suyos, se pusiera luego en camino la vuelta de su estado. Ni omitió el castellano todo linaje de atenciones con Raymundo; y para más honrarle, salía á despedirle gran trecho, manifestándole que no le obligaba con aquella conducta á desistir de la venganza de su vencimiento. Desembarazado el héroe de estos obstáculos, lleva sus victoriosos pendones al Mediodía de aquellas comarcas, apoderándose de Burriana, Xérica y Murviedro, donde le asedian los moros, que son á poco derrotados, dejando el campo de batalla sembrado de despojos y de cadáveres, entre los cuales se cuentan dos reyes tributarios del de Valencia. El terror que se había derramado por aquellos contornos, sube de punto con esta gloriosa jornada, cayendo en manos de Mío Cid las más importantes fortalezas: con esto pudo pensar ya holgadamente en la conquista de Valencia, cuyos fértiles campos y apacibles huertas taló y quemó por el espacio de tres años (1), reduciendo

(1) Romance n.º 830. En el 836 se reproduce la célebre oración fúnebre de cierto poeta musulmán cuyo nombre se ignora y que empieza:

Valencia! Valencia! Cayó sobre ti grande aflicción, etc.

Pueden los lectores que lo desearén consultar así el t. II de las *Recherches* de

do á sus moradores al último extremo. Cercada por último la ciudad, es entrada al cabo de nueve meses por los soldados de Mío Cid, quienes se ven colmados de riquezas en cambio de sus pasadas fatigas.

»Mas no bien habían empezado á disfrutar de tantos bienes, cuando el rey de Sevilla se ofrece con poderoso ejército á rescatar aquella ciudad celebrada, dando nuevo pábulo á la bravura de los castellanos y aumentando el botín, de que ya gozaban, con sus preseas y las de sus capitanes. La primera atención de Mío Cid, después de esta batalla, en que entró con solos tres mil seiscientos hombres..., fué satisfacer la deuda que su lealtad y su cariño habían contraído con el rey don Alfonso: cien caballos ricamente guarnecidos, presentados al monarca por Álvar Fáñez de Minaya, dieron á la corte de Castilla aviso de las inauditas proezas de Ruy Díaz y de la conquista de Valencia, y despertaron la admiración y el entusiasmo en la alborozada muchedumbre, mientras avivaron el odio que los cortesanos abrigaban contra Mío Cid desde sus primeras hazañas (1). Vencido don Alfonso de la generosidad de tal vasallo y pagado de tan peregrina y sublime lealtad, le restituye al cabo sus bienes y concede á Álvar Fáñez de Minaya permiso para conducir á Valencia la esposa y las hijas del héroe, entradas ya éstas en la flor de la juventud (2). Tributándoles cuantas consideraciones exigían por su sangre y por su estado, ejecuta aquel experto capitán los mandatos del rey de Castilla, sacando del monasterio de Cardeña á tan ilustres damas, y dirigiéndose con ellas á la ciudad arrancada por la espada de Mío Cid á la morisma. Honradas en el tránsito ya de cristianos, ya de moros, recogen doña Jimena y sus hijas cuantas muestras de respeto eran debi-

Dozy, como el Apéndice n.º XXII de la obra del Sr. Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, donde se inserta.

(1) Romances n.ºs 842 á 846. El del n.º 847 supone que el Cid fué á Cardeña á dar gracias á Dios por la conquista de Valencia.

(2) En los romances n.ºs 845 y 846 se manifiesta que fué el Cid quien pide al rey le entregue á Jimena y sus hijas. Más noble es la determinación del *Poema*.

das al esclarecido nombre de Ruy Díaz; y al acercarse á los muros de Valencia, seguidas de doscientos caballeros que había enviado el héroe para su cortejo, son recibidas por el clero, á cuya cabeza aparece el obispo don Jerónimo, elevado por Mío Cid á la nueva silla de aquella ciudad, cabalgando el Campeador en Babiaca, fogoso corcel, ganado recientemente (1), y haciendo en su edad avanzada gala de juvenil bizarría.

Pasadas las primeras muestras de alegría entre los esposos, y en tanto que los guerreros festejaban aquel feliz suceso «armas teniendo» y «tablados quebrantando», procura el Cid que gocen su mujer y sus hijas del espectáculo sorprendente que presentaban la ciudad de Valencia y sus alrededores, sometidos al dominio de su valeroso brazo, llevándolas á la torre más alta del alcázar, desde donde contemplan á un lado el mar y al otro la frondosa huerta *espesa et grant*; pero no bien habían terminado las fiestas y torneos en celebración de la llegada de Jimena y de sus hijas, cuando sabedor el Cid de que Yuzeph (Yusuf), rey de Marruecos, desembarca en aquellas costas á la cabeza de un ejército de cincuenta mil combatientes, da gracias á Dios, seguro de la victoria, y con el propósito de que sus hijas y su mujer le vean lidiar, les manda subir á la torre más elevada del alcázar, sorprendiéndose Jimena á vista de tanta muchedumbre. Confiando en la santa causa que defiende, muéstrase Ruy Díaz alegre y jovial llegado el momento del peligro, acrecentado su esfuerzo con la idea de que le ven su mujer y sus hijas; y con efecto, el éxito de la batalla fué tal como el héroe lo había predicho, quedando el campo cubierto de cadáveres y despojos de la morisma y salvándose Yuzeph en la fuga (2). Terminado el

(1) Así á lo menos lo indica el *Poema*, contradiciendo la tradición ya mencionada y lo que se indica en los romances y aun en la copia de la *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo ó Crónica Rimada*, que ha llegado á nuestros días y que se muestra por extremo adulterada.

(2) Romances n.ºs 848 y 849, en los que se llama al Miramamolín (Amir-ul-moslimín) rey de Túnez, y se supone que fué en esta batalla hecho prisionero y rescatado por el Cid el Conde Salvadores.

combate, se presenta el Cid á su esposa y á sus hijas, mandando luego doscientos caballos ensillados y enfrenados «é con sennas espadas» al rey don Alfonso, como testimonio de la derrota de Yuzeph, cuya tienda, de imponderable riqueza, completaba tan magnífico presente, llenando de admiración á toda la corte. Sólo el Conde don García, trayendo á la memoria antiguas injurias, se muestra pesaroso de tanta fortuna.

»Los infantes de Carrión, que alcanzaban entre los próceres de Castilla no poca valía, codiciosos de las riquezas conquistadas por el héroe de Vivar, interponen al mismo tiempo la autoridad de su linaje, para pedir á don Alfonso la mano de doña Elvira y doña Sol. Lograda sin dificultad la aprobación del rey, después de manifestar á los enviados de Valencia semejante proyecto, ruega éste á Ruy Díaz que venga á vistas con él orillas del Tajo, lo cual ejecuta aquél en el plazo fijado por don Alfonso, seguido de solos quince caballeros. Recibido con inusitada cordialidad y con muestras inequívocas de regocijo, que producen hondo despecho en los condes Alvar Díaz y García Ordóñez, le presenta el soberano los infantes de Carrión, que se humillan ante Mío Cid, pidiéndole formalmente sus hijas para unir las con ellos en matrimonio. Á este proyecto se resiste el Campeador, alegando que son de *días pequennas*: al cabo cede á las instancias del rey, acallando con varonil esfuerzo sus más tiernos afectos, y cambiando sus espadas con los infantes, en señal de amistad, bien que negándose á entregarles de propia mano sus hijas. Al despedirse de don Alfonso le regala Ruy Díaz veinte vistosos palafrenes y treinta soberbios caballos, usando de igual largueza con todos los caballeros que al rey acompañaban, á quienes había dado antes suntuoso banquete. Restituído á Valencia y comunicada á su mujer y á sus hijas la voluntad de don Alfonso, verificase la doble boda de don Diego y don Fernando con doña Sol y doña Elvira, colmando Mío Cid y los suyos de agasajos á los caballeros de Castilla, y ostentando en las fiestas, con que por espacio de quince días se solem-

nizaron las bodas, todo su poder, su gallardía y su riqueza (1).

»Dos años habían transcurrido pacíficamente, cuando vinieron á convertirse en realidades los tristes presentimientos de Rodrigo y de Jimena, respecto de las bodas de sus hijas. Dormía el Cid acaso en su alcázar, donde tenía un león sujeto con fuertes cadenas: rompiéndolas de improviso y entrando en el salón donde el Campeador reposaba, mientras acudían á su defensa los guerreros, despavoridos los condes de Carrión y sin reparar en su honra, corrieron á esconder su espanto, refugiándose Fernando bajo el escaño que servía de lecho á Mío Cid; Diego en un lugar del palacio, de donde no salió en verdad tan limpio como cumplía á su decoro. Tras este acontecimiento, que atrajo sobre los dos hermanos las burlas de los guerreros y los sarcasmos de la muchedumbre, á que sólo ponía freno el mandato del respetable caudillo, cuyo valor había bastado para encadenar de nuevo la terrible fiera (2), se vió la ciudad asediada por Búcar (Abú-Beker), rey de Marruecos. Ganosos de gloria é implacables enemigos de la morisma, celebraron los soldados de Mío Cid aquella nueva ocasión que les ponía delante la de pelear bajo sus invencibles banderas, mientras los infantes de Carrión, más acostumbrados á fiestas que á combates, se dolían amargamente del peligro en que su codicia les había puesto. Oyó Muño Gustioz los mujeriles lamentos de los condes, y poniéndolos en conocimiento de su tío, reprendióles éste su vergonzosa cobardía, exhortándoles á tomar parte en la lid que se preparaba, y encargando á Pero Bermúdez que cuidase de ellos durante la pelea. Trabada ésta son derrotados los sarracenos, buscando en balde salvación en el mar, á donde los persigue la

(1) Romance n.º 850. Respecto de la verdadera genealogía de los condes de Carrión, pueden con fruto ser consultados los interesantes artículos del Sr. don Angel de los Ríos y Ríos, *Exactitud hist. y geográf. del Poema del Cid*, publicados en la *Revista de España* y ya citados.

(2) Romances n.ºs 851 á 853.